

Parole, parole, parole

Margarita V. Salazar Canseco y Noé Pozos

Era una muy buena tarde; sol, jóvenes saliendo de clases, chicas en short y fumando, maestros dando sus últimas explicaciones, chicos hermosos con gruesos lentes de pasta y pelo largo; en fin, las hormonas en su apogeo. A pesar de ello, me bastó caminar unas cuantas calles para comenzar mi vida como asesina.

Tan sólo ayer, en mi cuarto de estudiante pensionada, lloraba sin consuelo mientras recordaba nuestra amistad. Tantas confidencias, comidas, cervezas, amigos en común, las tareas a cuatro manos, nuestra graduación, el entierro de su madre, su disposición a la complicidad y la humildad de su alma. Fue todo en mí. La nostalgia y luego la desilusión, la gran inventora del abismo. Así, toda hecha cachos y plorando con esas lágrimas que queman la piel, que, incontrolables, escurren calientes por la cara y brotan con más ahínco al recorrer todas las imágenes que pasaban como película al evocarlas. Llorar llena de enojo, no sirve... ¡ay, pero si la conocí con las medias rotas y la hebillita colgando! La amistad es frágil y Bombilla del Valle la mutiló desde el lado más delgado, quizá porque es medrosa y cobarde... Después de todo no sería el fin –concluí. Tarde que temprano llegaría el momento de vengarme y componer este sentimiento; y allí estaba yo, rumiando el coraje, cuando al mirar de reojo uno de los libros amontonados en mi buró, algo pequeño llamó mi atención. Era la estampita de San Cupertino de Anaya, abogado de los estudiantes, el menos aplicado de los santos, por lo tanto comprendí que no era el beato adecuado para mis deseos, ya que la ayuda no consistía en sacar mejores calificaciones, sino en hallar el modo propicio para compensarme del daño causado por la traición de un amigo. ¡Cuánta estupidez! Ojalá y Bombilla del Valle recordara la ley de los cuerpos opacos, pues ahora no es más que un satélite que gira alrededor de un planeta nocivo y ordinario. Ante tal panorama tenía que pedir ayuda, quizá a Judas Iscariote, o a otro santo que haya utilizado un medio vengativo para socorrer a la causa, aunque fuera a la propia, como San Cornelio de Cluny, patrono de las ovejas negras y descarriadas. Todo esto pensaba, hasta que mis dilucidaciones fueron interrumpidas por mi amigo Noé. Su visita me confortó, no venía a descomponerme la gramática, como era su costumbre. Me abrazó y me contó rápidamente su situación de “Esposa desesperada”; cuando fue mi turno, le confesé que quería el protagonista de “Mujeres asesinas”, así que me juró, mientras se retorció las orillitas de su mandil entre sus largos dedos, encontrar el modo adecuado para llegar preparada y con las armas suficientes a la cúspide de mi venganza y también el modo idóneo para que él concluyera con su desesperación.

Salimos a la calle al puro estilo joaquinésco, “buscando un encuentro que ilumine el día, no hallando

más que puertas que niegan lo que esconden”. Hasta que encontramos la puerta abierta e indicada: la tienda del afamado Mano Santa, glorioso por aquello que donde ponía el ojo..., además de que tenía la mano tan santa, que a su contacto nadie sentía dolor; las malas lenguas decían también que con esa mano hacía milagros.

Nuestras pisadas apenas si se escucharon y de entre unas cortinillas de bambú salió un tipo que a leguas se le notaba que era un descarriado más. Quizá el coraje que llevamos en la piel no hizo que le temiéramos, sino al contrario, hallamos en sus ojos plena complicidad. El mostrador y el olor de aquel lugar oscuro, tenía más el aspecto de una barra de bar que el de una tienda de “Artículos especiales para aniquilamiento”, como rezaba el letrero afuera de su estanquillo. Otra de las cosas que me llamó la atención era una franja caligrafiada con letra gótica y negra, a uno de los lados del mostrador, justo debajo de un pequeño cuadro de San David de Sarabia, “El Sarabaíta”, el epígrafe recitaba: “El placer es la única verdadera rebelión”. Sólo me llegó a la mente la palabra epicúreo y la convergencia de tantos santos en un solo día: San Cupertino de Anaya, San Judas Iscariote, San Cornelio de Cluny, San David de Sarabia y Mano Santa –que quién sabe de dónde era y quién sabe si era santo; muchos invocados en muy pocas horas... o quizá era el destino que Dios nos había trazado o que habíamos conjurado con mucha fe –pensé. Unos minutos después me cayó el veinte que los Sarabaítas eran unos monjes en Egipto, fanáticos e ilusos, que se imaginaban inspirados directamente por Dios y se dedicaban a practicar las mayores rarezas.

Estaba entretenida en ese pensamiento cuando el sonido de cristal sobre madera me regresó frente a la cara de Mano Santa; como en un estado de hipnotismo lo miré derramando lentamente en el interior de un pequeño vaso de cristal un raro brebaje. Nos dijo, con una risita irónica, que era parte de un ritual antiguo para dar la bienvenida a los nuevos clientes, pues lo que uno iba a comprar ahí no era de ningún modo común. Nos pasó a cada uno un vasito lleno con aquel extracto, se sirvió otra para sí y antes de beberla preguntó: “¿Cómo sabrá la cerveza que el sepulturero se beberá, cuando acabe de darme abrigo?”, luego alzó el pequeño vaso y se lo bebió de un trago. Hicimos lo mismo calladamente. Es un tipo lleno de frasecitas, me dije. Además, no habría sabido qué responderle, Noé tampoco. De que aquella pócima era una delicia, lo era, pero ambos sentimos una especie de knock out y comprobamos que efectivamente, tenía la mano santa. Aun así, seguíamos extrañados, pero decididos... Si Jesús se puso con el vino en las bodas de Caná llenando once vasijas... pues seguro el Mano Santa con algo se tenía que poner para hacer el negocio, especulé. Al mismo tiempo, Noé me susurró al oído: seguro es un alquimista. –Sólo alcé los hombros.

Nos miramos y, al unísono, arqueamos las cejas, pues nos enfrentamos con algo majestuoso y místico. Luego una pipa de agua con tres delgadas mangueras y el acto de fumar se convirtió en el mejor ritual que habíamos experimentado. Como por arte de magia desapareció aquél ser que, si se pudiera comparar, nos recordó a Melquiades de *Cien años de soledad*. Pero también recordamos a Allan Poe, pues parecía un cuervo protegiendo las tumbas de los muertos, inspirando la confianza necesaria tanto para una mujer asesina como para una esposa desesperada, y él lo sabía, incluso sin decir never more. Al cabo de unos segundos apareció a través de la cortinilla con un bulto tapado con tela envuelta varias veces, que creímos repentinamente la mortaja de Nefertiti; cuando lo puso sobre el mostrador y comenzó a desenvolverlo tomó la forma de un gran muestrario de armas blancas, rojas y punzocortantes. Tarareando afinadamente comenzó: tatatiú

tatatiú tatatiú, la solemnidad del acto no permitió ninguna risilla indiscreta, pero eso lo cantaba Beto el Boticario –me dije, entrecerrando los ojos.

Con tremendo muestrario ya no sabíamos por dónde comenzar, parecían todas tan precisas, las mejores para desembocar nuestra ira en cualquier cuerpo que se hiciera presente. Como gran conocedor, Mano Santa soltó una risita en honor a nuestra admiración, seguramente tenía algo de adivino y entendía que éramos unos novatos en el plano de la muerte, mejor dicho, en el arte de asesinar. Nos sirvió nuevamente el brebaje aquel, carraspeando ligeramente su garganta, pues al parecer minutos antes se estaba ahogando y sin toser, ni hacer ruido, se refugió detrás de la cortinilla de bambú. Cuando salió frente a nosotros sólo sudaba y nos dijo que era posible tuviera un Cáncer en la garganta, o quizá un Aries o un Tauro, pero nada con importancia, así que por “las arrugas de su voz” comenzó la presentación de cada uno de aquellos objetos.

Con delicadeza y, en primer lugar, tomó un revólver que más bien nos hizo recordar la portada de un disco de los Beatles. Luego, con respeto, nos mostró un AK-47 que nos hizo vibrar de pies a cabeza, y nos dijo: –esto no es nada, mostrando un temible allá-48, un respetable lontananza-49 y un aterrador allende las fronteras-50. Poco a poco fueron desfilando las armas punzocortantes: hacha, machete, cuchillo, cachete, cuchillo cebollero, navaja de rasurar, la ya muy temida y respetada navajita de boy scout Victorinox con su extensa gama de utensilios que van desde el cortaúñas hasta el indispensable sacacorchos (regalo preciado de su amigo “El Explorador”), no faltó la memorable katana de Kill Bill, ni la moto sierra de la Masacre en Texas. Ya entonados con el espíritu de guerrilleros nos trajo las armas de antaño: la honda de David con sus respectivas piedras, una quijada de burro, regalo de Caín (y más efectiva que el cuerno de chivo), la resortera del niño que un día fue, el arco y flechas de los indios Cherokee, regalo especial de Kevin Costner, y un bello anillo de Cleopatra que contenía cianuro.

Pasando a los artículos de medio oriente nos mostró unas sabandijas mortíferas: unas cobras con canasto y flauta. De su colección especial sacó un hermoso escorpión de doble cola, unas hormigas arrieras, una viuda negra enfrascada y un perro con rabia que amarró inmediatamente a la columna más cercana, ofreciéndole un balde con agua para mantenerlo ocupado y espumoso.

Ya en su faceta espiritista y esotérica nos invitó a mirar el ojo de sapo, la uña de gato, el gato negro de la mala suerte, los siete pelos del diablo, un ojo de tigre, un ojo de venado, un anca de rana, baba de caracol, la lechuza de Harry Potter y, claro, no pudo faltar la varita mágica. Entrado en el medio fantástico sacó de entre la cortinilla el caldero de la bruja Cacle Cacle, la manzana envenenada, un enanito traicionero, la rueca encantada, un troll de la mala onda, la flauta de Hamelin, el sombrero del mago Frank con todo y los lentes del rosado conejito, y los ya célebres trucos del escapista Chris Angel. Lentamente este armamento iba tomando el aspecto obsesivo de un perfecto asesino serial. Todo empaquetado y dividido temáticamente. Sabía bien su negocio –dijo Noé con una inclinación de cabeza.

Luego, acercó un costal de yute que contenía el armamento para víctimas un poco más susceptibles, para esas que se les “filtra la desolación” –dijo con la voz aún más arrugada, como si lo que tuviera ahora en la garganta fuera un Capricornio. Y de manera un poco violenta, como si cada objeto que tocara le

quemara la mano, nos los fue casi aventando al mostrador, así salió la estaca, el crucifijo y el agua bendita, unas balas de plata, una cabeza de ajos, una herradura, un sahumero, un trébol de cuatro hojas, loción de siete machos, dos huevos de pata y una gallina negra, un ramo para limpias, la medalla de San Benito, unas piedras opalinas para combatir el mal de ojo, la ouija de *El exorcista* –regalo de un sacerdote antes de morir–, una oración a la Santa Muerte, unas barajas egipcias, una botella de agua bendita extraída de la iglesia de San José, un escarabajo de oro, un muñequito de trapo alfileteado, y la caja de pandora que además de la maldad del mundo incluía los malos recuerdos.

En ese momento Mano Santa advirtió que Noé veía constantemente su teléfono y su reloj, de inmediato comprendió que la esposa desesperada parecía nerviosa por la llamada de su hombre, con cierto temor a ser regañado. Así que rápidamente trató de darle consuelo y sacó debajo del mostrador un cofrecito que contenía el *Libro de urbanidad y buenas costumbres* y el *Manual de la esposa perfecta*, ambos del siglo XIX. *El libro de cocina de Chepina Peralta*, el *Manual de cómo ser bonita en quince minutos* y el *Decálogo de cómo no poner cara de culo ante un regaño del marido*; cuando vio la cara de la esposa desesperada aún más desesperada, sacó entonces dos discos de paquita la del barrio, el disco de poemas de Paco Stanley y el látigo del desprecio que incluía un traje negro de látex y zapatillas de tacón de aguja, advirtiéndole que el tubo se vendía por separado. O ya de plano, si ninguno de estos métodos le funcionaba, estaba la guía telefónica del DIF más cercano.

Con la voz totalmente apergaminada, quizá por la presencia, ahora, de un Sagitario en su garganta, nos dijo: hay un arma que supera todo lo que les he mostrado, es absolutamente letal y fulminante, hace los mismos estragos de una piedra rodando entre la nieve, pero yo no la vendo, viene incluida en el kit de armas de cada quien, unos lo desarrollan y otros no. Y cual Jesús dijo: – “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios” –. En un principio hablar y comunicarse era bueno, el problema es que el lenguaje y la palabra se contaminaron, la palabra ya no comunica, persuade, ya no ama, sino que busca el poder. Con la palabra puedes acabar en segundos con cualquier mortal, el vituperio puede destrozarse la vida de los demás, incluso la vida de toda una familia, un estado o una nación –acuérdense de la influenza inventada por Calderón. Claro, este chisme fue utilizado magistralmente, advirtió. Un nudo cerró momentáneamente nuestra garganta y Noé bastante alterado y con asombro me dijo –pero si al que queremos matar, entonces hace tiempo te aniquiló my darling, justo con el arma más mortal de todas.

Recuerda, reina, cuando Bombilla del Valle deambulaba por las noches en las calles entre sombras, hasta el día en que se encontró con aquel santo que le causó su repentino cambio. Extasiada nos contaba de su experiencia mística que nos remontaba a las apariciones de Lourdes, ya que nuestra amiga, por un milagro, tuvo su encuentro con San David de Sarabia, quien se convertiría en su guía desde ese momento y ella en su fiel devota. Eso me decía Noé mientras bebía más y más del brebaje del Mano Santa. Yo, absorta, giré mi cabeza al lado del mostrador con la sensación de que alguien me observaba y por los clavos de Cristo puedo jurar que era el mismísimo Beato del cual hablábamos. Además, me recordó cómo fue que desde ese encuentro siempre portaba su estampita, la que apretaba a su pecho mientras montaba una carroza fúnebre llamada ácida prúsica, atiborrada de palabras que funcionaban como escupitajos letales. Hablaba con su santo que entre sueños le revelaba las últimas verdades del momento, entre ellas que yo era

aquella con quien debía utilizar tales esputos. También le reveló que sus amigos no eran más que buitres que buscaban morder un poco de su inteligencia hasta dejarlo en puros huesos y que yo era la encarnación de Medusa, pero que en vez de convertir a los viajeros en piedra, los hipnotizaba con mi presencia, palabras que Bombilla del Valle creyó inmediatamente. Desde entonces, comenzó a verter toda su cáustica verbal hasta dejar mi alma en harapos y agonizante. Mientras tanto, Bombilla del Valle se reclinaba en una caverna donde se mantenía rodeada de todos los instrumentos de penitencia (crucifijo, calavera, libro con el salmo de Miserere, disciplinas y esteras) donde llevaba a cabo su expiación de tanto ácido prúsico regado a su alrededor incitada por el sarabaíta. “Junto a cada palabra, hay cuerpos de millones y los maté yo mismo, perdonen, perdonen” se escuchaba a lo lejos aullar a Bombilla del Valle.

Aunque agonizante “Comencé a sentir el gusto de un raro mineral, sintiéndome a veces hombre y muchas animal”. Comprendiendo así que ésta era la señal para llevar a cabo mi venganza; Noé me incitó a que no dudara y que realizáramos nuestra misión, ya estaba escrito –dijo. “Pero el día que me acusen no me defenderé” –repliqué.

Mano Santa, mirándonos fijamente, nos explicó que no siempre hablar es tan malo, que recordáramos a Juan que era la voz de Jesús que clamaba en el desierto, y agregó, acariciando su alacrán seco: “En tiempos de engaño, decir la verdad, es revolucionario” y recuerden que “La verdad os hará libres”. Claro que nos dejó en un estado de estupidez y por lo tanto no podíamos reaccionar. Así que nos invitó a que pensáramos rápidamente qué arma elegir y después nos retiráramos lo más pronto posible, pues era la hora de llegada de sus clientes que eran una bola de perversos un poco retorcidos, además irrumpían en el mostrador y arrasaban con los objetos más valiosos del muestrario, que solían ser tipos puntuales, como aquellos dos de cascos ligeros, personajes que andaban raudos y veloces en su motocicleta trayendo en su cabeza extraños cascos con vista nocturna. También nos habló de un individuo con nombre de pájaro que adquiriría la gran mayoría de los artículos esotéricos. Otro de sus habituales clientes era un antropólogo de nombre Lupus Lóbrego Antropólogos, de raras actividades y susurrante al hablar, que gustaba de la carne fresca. Uno de sus clientes del mundo fantástico era el famoso Frodo, que estaba juntando para comprar la réplica de un anillo mágico perdido, entre muchos otros que atiborraban el mostrador.

Señalando hacia una mesa, Mano Santa nos mostró uno de los cascos de vista nocturna que el día anterior había olvidado su dueño. Noé se abalanzó sobre éste como si fuera un instrumento que lo salvara de su desesperación. Al tocar el yelmo, todo su cuerpo se tornó ligero; cuando se lo puso, comenzó extasiado a danzar, como si estuviera incitado por un prodigioso deseo, cada movimiento semejaba una sombra que seguía a su propia sombra. Su aspecto, gradualmente, se fue transformando: “los ojos casi cerrados, las cuencas hundidas, las fosas nasales contraídas, la boca entreabierta, el mentón pronunciado, el cuello echado para atrás y los cabellos desparramados”. Casi un rasgo de gestualidad orgásmica.

¿Qué fue lo que pasó por su mente y cuerpo? Sólo Noé lo sabe, pero “aquella pecadora entregada a los siete demonios” hipnotizó con su danza a los deplorables que llegaron al lugar, infundiendo libertad con aquel éxtasis que contagiaba por su manera peculiar y sensible de su ser carnal. Al término de su sandungueo le preguntó al Mano Santa si ese bacinete estaba en venta, pero dijo que ni siquiera era suyo,

con una sonrisita casi roja.

Salimos de aquel lugar en un raro estado, y un par de días después llegamos a pensar que aquello pudo haber sido un bar y la bebida mágica un tequila con doble anís... no lo supimos, pero de que habíamos cometido el espantoso crimen, era cierto, yo me vi convertida en una mujer desesperada y Noé en una esposa asesina, ambas estábamos bañadas en sangre que la lluvia xalapeña enjuagaba. Noé sólo tomó mi arma, la limpió y entre la neblina que nos protegía, la escondió en una de las bolsitas de su mandil. A su vez, en mi memoria, yo guardaba por siempre aquel rito dancístico.

Cuando nos despedimos él se fue corriendo a su casa para que no lo fuera a regañar su marido, a “sentirse mujer cuando lava los platos”. Yo, regresé a la soledad de mi cuarto viendo cómo “caían del cielo esas reminiscencias de veneno”.

La mujer desesperada cada noche sale, se sale del huacal ya sin mandil a gozar con cualquier casco que la haga liberarse. Y yo, no sé, pero desde ese entonces “hay días sin reposo, que lo que tengo cerca lo destrozo, muy primitivamente, casi salvajemente, con odio, con desprecio, con rencor; con palabras hirientes, garras y con dientes, con rabia, con violencia, con dolor”.